

SANTOMERA: UN PAISAJE Y UN POETA

EN la tarde dorada de limones
Julián vuelve a su tierra, Santomera,
apoyando el cansancio del camino
en su leve bastón de ilustre inválido.
Un recuerdo le asalta y lo susurra:
"Te nombro, padre, y con el alba vienes".
Y mira hacia los huertos donde un pájaro,
quizás un ruiseñor, desgrana un trino
y estimula al poeta y lo retorna
a las huertas cercanas donde un día
se alzó la casa con sus limpias faldas
y él de niño inquiriendo, porfiando
el por qué las acequias, los hortales,
toda la raíz, todo el entorno
de frutales y frondas, se sabía
a hondo rumor de río originario.
Y aquel mundo de abejas y panales
le contagió la voz de una dulzura



singularmente hermosa y persuasiva.
El nos trajo en su verso lo barroco
de esta tierra entrañable y opulenta:
los verdosos lebrillos, los dorados
cobres, las fuentes rameadas; todo
lo hermosamente tierno y exquisito
nos lo fue bautizado con la gracia
de su palabra clásica, encendida
de un amor hacia todo, irrenunciable.
El nos dejó en sus libros —¡vedlo, amigos!—
jubileos de niños y de pájaros,
de dulces bestezuelas franciscanas,
y el bramido perdido en los bancales
de aquella "jardinera", la novilla
que se sumió en el agua un fosco día.
Su claro pueblo, su olivar perenne,
su olor universal a limoneros,
él nos trajo como un rico presente.
Julían, fundido en todo, se gozaba,
saliéndole al encuentro, con las cosas
hermosamente puras y primarias.
Y en este credo solitario, un día
se encontró con la calle, con la noche,
con abril y los pájaros y el árbol,
con la lluvia, con Dios y con la nieve,
con el mar y la muerte, y con sus daños.
Como Hesíodo, cantó comprometido
las fatigas del hombre que labora
unos palmos de tierra y una muerte;
y la amistad, la Patria y el buen vino,
como Horacio, su ameno consejero.
Vivió pleno de tierra esplendorosa,
de inmensa humanidad reconciliable,
y hoy su hermoso contagio nos alcanza
—Julían de Santomera, por buen nombre—
rubricado en su verso inmarcesible.
El trajo con amor hasta nosotros



*sustanciosos topónimos de España,
trozos de limpia historia, tierras, ríos,
y conjuró hasta el odio, pronunciando
el pan primero, el que la paz anuncia.*

*“Entre la piedra y Dios”, bajo la tarde
dulcemente dorada de limones,
Julián dejó sus versos y descansa
definitivamente en gloria y tierra
bajo esta luz sin fondo, donde un día
pasó recreándose en las cosas
y apoyando el cansancio del camino
en su leve bastón de ilustre inválido.*

